

fuera el retiro más delicioso, aislada en medio de aquel mundo, sin pensar en otra cosa que en el oficial y en los peligros que le amenazaban. Admiraba sinceramente á los nobles caracteres que se resisten á renegar de su fe política; instaba, no obstante, á su amigo para que se sometiera á la autoridad del rey, deseosa de retenerlo en Francia, á lo cual se negaba Luis, sólo por no abandonar su escondrijo. Si las pasiones no nacen ni se agrandan sino mediando circunstancias novelescas, nunca habrán contribuído tan pródigamente á atar dos seres con los lazos de un mismo sentimiento. El afecto que sentían Ginebra por Luis y Luis por ella hizo, por lo que acaba de decirse, más progresos en un mes, que la amistad que atrae á otros en el trato de los salones á los diez años. ¿No es la desgracia piedra de toque para los caracteres? Ginebra pudo, por tanto, apreciar fácilmente las condiciones morales de Luis, conocerlo, y corresponder á la estima que recíprocamente le profesaba el proscrito. De más edad, complacióle á la Piombo ser cortejada por un joven tan grande, tan probado por la suerte y que unía á la experiencia del hombre todas las gracias del adolescente. A su vez, Luis gustaba de que le protegiera una joven de veinticinco años. ¿No constituía aquélla innegable prueba de amor? Mezclábanse en Ginebra, con atractivos irresistibles, la dulzura y el valor, la fuerza y la debilidad, y Luis quedó subyugado. Se amaban tan profundamente, que no tuvieron por qué negarlo ni necesidad de confesárselo á sí mismos.

Un día, á última hora, oyó Ginebra la señal convenida. Luis dió con una aguja en la madera, procurando no hacer más ruido que una araña tejiendo su tela, y como indicase que deseaba salir, Ginebra echó una mirada por el taller y contestó autorizándole; no había visto á Laura, pero la descubrió el oficial luego que abrió la puerta, y se metió dentro precipitadamente. Admirada Ginebra volvió los ojos, y dijo á su amiga, dirigiéndose al caballete en que seguía trabajando:

—Es ya muy tarde, querida, y esta cabeza me parece terminada; no hay más que dar cierto reflejo de luz en lo alto de la trenza de cabellos.

—Si fuera usted tan amable que me corrigiese esta copia... yo conservaría así algo de usted...

—Con mucho gusto—contestó Ginebra segura de poderla despedir fácilmente.—Me parecía—agregó dando algunas

pinceladas—que hay mucho trecho desde aquí á su casa.

—¡Oh Ginebra! voy á irme y para siempre—dijo la joven con aire triste.

—¿Deja usted al señor Servín?—preguntó la italiana sin indicar sentimiento, como hubiera ocurrido un mes antes.

—¿No se ha fijado usted, pues, en que desde algún tiempo á esta parte estamos solas en el taller?

—Es verdad—respondió Ginebra como herida de improviso por un recuerdo.—¿Estarán enfermas esas señoritas? ¿Van á casarse, ó prestan servicio todos sus padres en el castillo?

—Todas se han separado del profesor.

—Y ¿por qué?

—Tiene usted la culpa, Ginebra.

—¡Yo!—exclamó la corsa, levantándose con aire de amenaza, los ojos encendidos y la actitud furiosa.

—No se incomode usted, Ginebra—añadió dolorosamente Laura—por lo que voy á decirle: también quiere mi madre que salga del taller. Todas esas señoritas han dicho que tiene usted un enredo y que Servín se presta á que su amante se oculte en el gabinete negro; como yo no he creído tales calumnias no hablé de este asunto á mi madre. Anoche saludó á la señora Roguín en un baile, y aquélla le preguntó si todavía me enviaba á este estudio. Claro, le dijo que sí, y la dama le contó todas las mentiras que se han urdido. Mamá me ha puesto como hoja de perejil, afirmando que yo debía estar enterada de todo eso y que había faltado á la confianza que debe reinar entre madre é hija. ¡Oh querida Ginebra! yo la tomaba á usted por modelo, y siento no poder continuar á su lado...

—Ya nos encontraremos por ahí otra vez, puesto que las jóvenes se casan.

—Cuando son ricas.

—Ven á verme, mi padre es rico...

—Ginebra—añadió Laura enternecida,—la señora Roguín y mi madre vendrán mañana á ver al maestro para reprimirle su conducta: por lo menos que esté prevenido.

Un rayo que cayera á sus pies no la inmutara tanto como esta revelación.

—¿Y qué les importa á ellas?—dijo con ingenuidad.

—Todos creen que os habéis portado mal. Mamá dice que eso ataca á las buenas costumbres...

—¿Y tú, Laura, qué piensas?

La joven miró á Ginebra y no pudo confundir sus lágrimas; echóse al cuello de su amiga y la abrazó. Sorprendió Servín, que acababa de entrar, la escena.

—Señorita—dijo con fervido entusiasmo á Ginebra,—he concluido mi cuadro, que están barnizando ahora. Pero ¿qué ocurre? Parece que todas mis discípulas se han tomado sus vacaciones ó que se han ido al campo.

Laura, enjugando sus mejillas bañadas de llanto, saludó á Servín y se retiró.

—El taller está desierto desde hace algunos días y las que lo frecuentaban no volverán—observó Ginebra.

—¡Bah!

—No se ría usted. Yo soy la causa involuntaria de que haya usted perdido su renombre.

Sonrió el artista y dijo, interrumpiendo á su interlocutora:

—¿Mi renombre? Antes de poco habré expuesto el cuadro.

—No se trata del talento, sino de la moral. Esas señoritas han hecho público que Luis se ocultaba aquí, y que usted servía de tapadera á... nuestro... nuestro amor.

—Algo de cierto hay en ello, señorita—respondió el profesor.—Las madres de esas señoritas son unas chismosas. Si hubiesen venido á verme, todo se hubiera explicado. Pero ¿por qué preocuparme por todo ello? ¡La vida es demasiado corta!

Y el pintor hizo castañear sus dedos, al mismo tiempo que hacía con la mano un ademán. Luis, que había oído una parte de la conversación, acudió inmediatamente.

—Va usted á perder todas sus discípulas—exclamó—y yo seré la causa de vuestra ruina.

El artista tomó la mano de Luis y la de Ginebra y las juntó.

—¿Os casaréis, hijos míos?—les preguntó con conmovedora candidez.

Ambos jóvenes bajaron los ojos y su silencio fué la primera declaración que se hicieron.

—Pues bien, seréis felices, ¿no es verdad?—repuso Servín.—¿Hay algo que pueda pagar la dicha de dos seres como vosotros?

—Yo soy rica—dijo Ginebra—y usted me permitirá que le indemnice.

—¡Indemnizar!...—exclamó Servín.—Cuando se sepa

que he sido víctima de las calumnias de algunos necios y que he ocultado en mi casa á un proscrito, todos los liberales de París me enviarán sus hijas. Entonces seré vuestro deudor...

Estrechó Luis la mano de su protector sin poder articular palabra; consiguió luego decirle con voz cariñosa:

—A usted le deberé yo siempre mi dicha.

—Sed felices; yo os uno—dijo Servín con cierto ademán de unción cómica, extendiendo sus manos sobre la cabeza de los amantes.

Esta broma de artista puso fin al enternecimiento de su ánimo. Miráronse los tres y se echaron á reír. La italiana estrechó la mano de Luis con fuerte apretón y con sencillez digna de las costumbres de su patria.

—Bueno, hijos míos, ¿y os figuráis que todo va con eso á pedir de boca? Pues os engañáis.

Miráronse admirados los novios.

—Tranquilizaos, sólo á mí me compromete vuestra travesurilla. La señora Servín es algo tonta, y no sé en verdad cómo nos arreglaremos para aplacarla.

—¡Ah, Dios mío, lo olvidaba! Mañana vendrán la señora Roguín y la madre de Laura á...

—¡Ya!

—Pero puede usted justificarse—añadió la joven haciendo un gesto orgulloso.—Caballero Luis—dijo volviéndose hacia él y mirándolo con delicada sonrisa,—¿no debe quedar ya un resto de antipatía por el gobierno real? Mañana enviaré la solicitud correspondiente á uno de los personajes de más influjo del ministerio de la guerra, y que no puede rehusar ningún servicio á la hija del barón de Piombo. Obtendremos un perdón tácito para el comandante Luis, pues no querrán ellos reconocerle el grado de coronel. Y así, usted podrá confundir á las madres de mis caritativas compañeras—concluyó dirigiéndose á Servín—diciéndoles la verdad.

—¡Eres un ángel!—dijo el maestro.

Mientras se desarrollaba esta escena en el taller, consumíanse de impaciencia los padres de Ginebra porque tardaba en regresar.

—¡Son las seis y aun no ha vuelto!—murmuró Barto lomeo.

—Nunca ha venido tan tarde—replicó su mujer.

Y los dos viejos se miraron con ansiedad indescriptible

La agitación de su espíritu impedía á Piombo mantenerse quieto, y se puso á medir el salón con paso excesivamente ligero para hombre que frisaba en los setenta y siete. Gracias á su constitución robusta, había sufrido pocos cambios desde su llegada á París, y aunque su estatura era grande, sosteníase sin doblarse. Sus escasos cabellos canosos dejaban al descubierto un cráneo ancho y protuberante que hablaba elocuentemente de la firmeza de su carácter. Surcado el rostro por profundas arrugas, se había alargado con irregulares dimensiones y conservaba el tinte pálido que inspira tanta veneración. Descubríase aún en el extraordinario brillo de sus ojos el arrebató de sus pasiones y no blanqueaban del todo las cejas, que no habían perdido su terrible y característica movilidad. Severo era el aspecto de aquella cabeza, pero al fin y al cabo sobrabanle motivos á Bartolomeo para presentarse así. Sólo su mujer y su hija conocían á fondo la bondad y la dulzura de su carácter; porque en presencia de un extraño ó cuando estaba en funciones no abdicaba nunca de la majestad que los años afirmaban en su persona, y la costumbre de fruncir el ceño, de contraer sus arrugas, de dar á su mirada una fijeza napoleónica, que le daban fría apariencia para los que querían atraerlo. Había sido, en el curso de su vida política, tan temible, que se le tenía casi casi por espíritu insociable; pero no es difícil dar con las causas de este concepto. La mayor parte de los cortesanos censuraban la vida, las costumbres y la fidelidad de Piombo; porque á pesar de las delicadas misiones que se confiaron á su discreción, y que para cualquier otro hubieran sido lucrativas, no poseía más allá de treinta mil libras de renta en inscripciones del Tesoro. Si se piensa en la facilidad con que se comerciaba á la sombra del Imperio, y en la liberalidad de Napoleón para sus servidores fieles, sobre todo aquellos á quienes no faltaba trastienda, se comprenderá fácilmente que la conducta del barón era la de hombre probo. No debía su título sino á la necesidad en que se vió el emperador de otorgárselo para enviarle cerca de una corte extranjera. Bartolomeo odiaba implacablemente á todos los traidores de que se rodeó Napoleón, creyendo atraérselos en fuerza de victorias. El fué, según se dice, quien se adelantó tres pasos hacia la puerta de la cámara imperial, después de haberle aconsejado que se deshiciéra de tres hombres en Francia la víspera de partir para su célebre y admirable cam-

paña de 1814. Cuando volvieron por segunda vez los Borbones, Bartolomeo no ostentaba las insignias de la Legión de honor. En ningún hombre se vió mayor modelo de viejos republicanos, amigos incorruptibles del Imperio, que se conservaban como brillantes ruinas de los dos gobiernos más fuertes conocidos en el mundo. Si el barón de Piombo disgustaba á ciertos cortesanos, eran, en cambio, sus amigos los Daru, los Drouot, los Carnot. En cuanto al resto de los políticos, partiendo del desastre de Waterloo, le eran tan indiferentes como las bocanadas de humo que absorbía de su cigarro.

Había adquirido, gracias á la suma bastante módica que la Señora, madre del emperador, abonó por sus posesiones de Córcega, el antiguo hotel de Portenduere, en que no hizo arreglo ninguno. Aposentado casi siempre á expensas del gobierno, no habitaba esta casa sino después de la catástrofe de Fontainebleau. Los barones desdeñaban la ostentación de su fortuna, como hacen las almas sencillas y extremadamente virtuosas; sus muebles procedían del antiguo acomodo del hotel. Las vastas habitaciones, altas de techo, sombrías y desnudas, los anchos espejos encuadrados en orlas doradas, casi negras por el uso, y el mobiliario Luis XIV, adaptábanse al modo de ser de Bartolomeo y su esposa, tipos dignos de la antigüedad. Durante los Cien Días, ejerciendo al amparo del régimen imperial funciones retribuidas con largueza, llevó el corso un gran tren de casa, pero más con el deseo de honrar su cargo que por prurito de figurar. La existencia de los cónyuges era tan frugal y tranquila, que la fortuna modesta y todo bastaba para cubrir sus necesidades. Su hija Ginebra valía para ellos por todas las riquezas del mundo. Así ocurrió que cuando, en mayo de 1814 abandonó su destino, licenció á su servidumbre y cerró su caballeriza, Ginebra, de carácter sencillo y enemiga del fasto, como sus padres, no sintió pesar por el cambio de posición. Como las almas grandes, todo su lujo estaba en la grandeza de sus sentimientos, y cifraba su dicha en el apartamiento de las gentes y en el estudio. Además, sucedía que esos tres seres se amaban demasiado para que las exterioridades tuvieran precio alguno á sus ojos. A menudo, y más aún después de la segunda y espantosa caída de Napoleón, pasaban Bartolomeo y su mujer veladas deliciosas oyendo tocar el piano á Ginebra ó escuchando sus canciones. Tenía

para ellos un encanto íntimo el placer que experimentaban con la presencia, con los movimientos, con la más insignificante de las palabras de su hija, y sus ojos la seguían con tierna inquietud, distinguiendo sus pasos en el patio cuando entraba, por ligeros que fuesen. Lo mismo que los amantes, sabían permanecer silenciosos largas horas, saboreando, mejor así que por medio del lenguaje, la elocuencia de sus almas. Este sentimiento profundo, inmenso, la vida propia de los dos ancianos, daban calor á sus ideas. No formaban tres existencias, sino una sola, que, parecida á la lumbre de un hogar, se dividía en tres lenguas de fuego. Si turbaban alguna vez su dicha el recuerdo de las bondades del emperador y sus desventuras, si la política palpitante anulaba por un instante la solicitud paternal, no por eso dejaban de continuar hablando sin interrumpir la armonía de sus pensamientos: ¿no participaba Ginebra de sus pasiones de partido? ¿Había entonces algo más natural que el ardor con que se refugiaban en el corazón de su hija única? Hasta entonces habían absorbido las tareas de su vida pública la entereza del barón de Piombo; pero en cuanto abandonó sus empleos, el corso se vió impulsado á recoger toda la energía de su carácter en el único sentimiento que le quedaba; y no era eso solo, sino que, aparte de los lazos que les unían, alentaba, sin saberlo aquellas tres almas despóticas, un motivo poderoso el fanatismo de su afecto recíproco: se amaban sin diferencia alguna; el corazón entero de Ginebra pertenecía á su padre, como á ella pertenecía el de Piombo; en fin, si es cierto, como pretenden muchos, que nos ligamos unos á otros, más por nuestros defectos que por nuestras virtudes, Ginebra respondía maravillosamente á todas las pasiones de su padre. Y ahí estaba el único tropiezo de aquella existencia triple. Ginebra era de voluntad dominadora, vengativa, arrebatada, como lo fué su padre en la juventud. El corso se había complacido en dar fuerza á estos sentimientos salvajes en el corazón de su hija, ni más ni menos que como el león enseña á sus cachorros á echarse encima de su presa. Pero este aprendizaje del instinto de venganza no podía hacerse sino bajo el techo paternal, y Ginebra nada perdonaba al autor de sus días, por lo que le era preciso á éste ceder siempre. Piombo no veía más que niñas en estas riñas pueriles; pero la niña se acostumbró á dominar á sus padres. Cuando más borrascosas eran estas disputas que se

complacía Bartolomeo en promover, cualquier frase cariñosa, la más leve mirada, bastaban para que se apaciguasen aquellos espíritus irritados, y no estaba nunca tan cerca el beso como cuando estallaba una de estas tormentas familiares. Sucedió que Ginebra había conseguido ser más prudente que su padre, hacía de esto unos cinco años, y evitaba en lo posible semejantes altercados. Su fidelidad, su abnegación, el amor que saturaba con sus efluvios todos sus pensamientos, y el buen sentido práctico, que en ella era cosa admisible, la vindicaban de sus pasados ímpetus soberbios; pero esta ventaja había acarreado otro peligro: Ginebra vivía con los suyos sosteniéndose en el equilibrio de una igualdad funesta. Añadiremos, para que se conozca el cambio sobrevenido en la naturaleza de estos tres personajes desde su llegada á París, que Piombo y su esposa, gente sin instrucción alguna, dejaron á Ginebra disponer á capricho de sus estudios. Guiada por sus gustos, por su iniciativa propia, todo aprendizaje empezaba, y en toda empresa decaía su afición, cambiando de propósitos á cada instante, hasta que se apasionó su ánimo por la pintura. La educación hubiera sido perfecta si su madre tuviera medios de dirigirla, de iluminarla y de armonizar sus dotes naturales: de la que se había complacido en darle el viejo corso provenían sus defectos.

Después de haber hecho repercutir sus pasos por el entarimado largo espacio de tiempo, el anciano llamó. Comparció uno de los sirvientes.

—Salga usted al encuentro de la señorita—le dijo.

—Siempre he lamentado no tener coche para ella—observó la baronesa.

—Ya sabes que nunca lo ha querido.

Acostumbrada la mujer de Piombo, cuarenta años hacía, á su papel pasivo de obediencia, bajó los ojos.

Septuagenaria, alta, seca, pálida y rugosa, se parecía mucho á esas viejas que Schnetz pinta en las escenas italianas de sus cuadros de género; permanecía ordinariamente tan callada, que se la hubiera creído otra señora Shandy; pero cualquier palabra suya, cualquier mirada, cualquier gesto, anunciaban que sus sentimientos tenían el vigor y la frescura de la juventud. En su tocado no había coquetismo, sino más bien carencia de gusto. Permanecía casi siempre inactiva, en su poltrona, como sultana reconocida, esperando unas veces, admirando otras á su Ginebra, su orgullo, su

vida. La belleza, el tocado, la gracia de su hija dijérase que las estimaba como suyas. Todo iba bien en el mundo cuando veía á la niña feliz. Sus cabellos habían encanecido, y cubrían algunos mechones su frente blanca y rugosa, ó bajaban á lo largo de sus chupadas mejillas.

—Hace más de quince días—añadió luego—que Ginebra vuelve algo más tarde.

—Juan no correrá mucho—contestó el anciano impaciente, cruzando las solapas de su vestido azul.

Cogió su sombrero, se lo encasquetó, apoderóse de su palo y partió.

—No irás muy lejos.

En efecto, habíase abierto y cerrado la puerta cochera y la vieja oyó los pasos de Ginebra en el patio. Reapareció á poco Bartolomeo llevando triunfalmente á su hija que pugnaba por desasirse de sus brazos.

—Aquí tienes á Ginebra, la Ginebrettina, la Ginebrina, la Ginebrola, la Ginebretta, Ginebra la bella.

—Padre, que me haces daño.

En seguida se vió Ginebra depositada en el suelo con respetuoso cuidado. Y movió graciosamente la cabeza para tranquilizar á la asustada madre, diciéndole que todo era juego. El rostro sombrío y pálido de la baronesa recobró sus colores y una especie de alegría. Frotóse Piombo las manos con furia, signo evidente en él de satisfacción, costumbre que había adquirido en la corte napoleónica viendo al amo encolerizado contra los generales y los ministros que no le servían á su gusto ó que habían incurrido en su enojo. Cuando se distendían los músculos de su semblante, la más leve arruga de su frente indicaba benevolencia. Parecían los viejos el símbolo exacto de las plantas ávidas de riego que reverdecen unas cuantas gotas de agua después de pertinaz sequía.

—¡A la mesa! ¡a la mesa!—exclamó el barón ofreciendo su gruesa mano á Ginebra, á quien llamó *signora* Piombellina, dando con ello nueva prueba de alegría que agradeció su hija con la sonrisa más graciosa.

—Con que vamos á ver—declaró Piombo al concluir la comida,—¿sabes que tu madre me ha advertido que hace un mes que tardas mucho en venir del taller? Parece que la pintura nos suplanta.

—¿Crees tú, padre mío?

—Ginebra nos prepara alguna sorpresa, sin duda—dijo la madre.

—¡A que vas á traerme un cuadro tuyo!...—repuso el corso, palmoteando.

—Sí, estoy muy atareada en el estudio.

—¿Qué te ocurre, Ginebra? Estás muy pálida—preguntó la baronesa.

—No—contestó resueltamente la joven,—no, ea, no será dicho que Ginebra Piombo haya mentido una sola vez en su vida.

Piombo y su esposa la miraron admirados de tan singular ocurrencia.

—Amo á un hombre—continuó con acento enternecido.

Y sin atreverse á mirar á sus padres, bajó sus largas y sedosas pestañas como para velar el fuego de sus ojos.

—¿Se trata de algún príncipe?—inquirió irónicamente Bartolomeo.

El sonido de su voz hizo temblar á la madre y á la hija.

—No, padre mío—repuso ella con natural modestia;—es un joven que carece de fortuna...

—Por lo menos será muy guapo.

—Es desgraciado.

—¿En qué se ocupa?

—Compañero de Labedoyere, se hallaba proscrito, sin asilo; Servín le ha ocultado, y...

—Servín es un muchacho honrado que ha cumplido como debía; pero tú, tú, hija mía, haces muy mal en amar á otro hombre que á tu padre...

—No depende de mí que ame ó no—suspiró dulcemente Ginebra.

—Yo me vanagloriaba de que mi Ginebra sería fiel hasta mi muerte; que nuestros cuidados serían los únicos que habría recibido; que nuestra ternura no podía hallar en su alma tierna rival, y que...

—¿Te he echado yo en cara tu fanático afecto hacia Napoleón? ¿Me has querido á mí sola? ¿no te tuvo meses enteros ausente de tu hija el cargo de la embajada, soportándolo yo resignadamente? La vida tiene exigencias que es necesario saber sufrir.

—¡Ginebra!

—No, tú no me amas porque yo te inspire ese sentimiento, y tus reproches descubren un egoísmo insoportable.

—¿Condenas el amor de tu padre?—vociferó Piombo con los ojos chispeantes.

—Jamás te acusaré, padre mío—replicó Ginebra con más dulzura de lo que su temblorosa madre esperaba.—Tienes razón de ser egoísta, como la tengo yo en amar. El cielo es testigo de que ninguna hija ha cumplido mejor los deberes para con sus padres. Yo no he gozado nunca más que ventura y cariño donde otras encuentran sólo obligaciones pesadas que llenar. Quince años hace que no me he apartado de vuestro regazo protector y siempre he sentido un placer vivísimo en ser el encanto de vuestra existencia. Pero ¿seré ingrata entregándome á la delicia de amar, deseando un esposo que me proteja cuando no podáis hacerlo vosotros?

—¡Ah, y tú cuentas con tu padre, Ginebra!—tronó el anciano con siniestra entonación.

Hubo una pausa desesperante que nadie se atrevía á interrumpir. Bartolomeo la cortó, balbuceando con voz de sollozos:

—¡Oh! quédate con nosotros, quédate cerca del pobre viejo. No sabré verte amante de otro hombre. Ginebra, no tendrás que esperar mucho tu libertad...

Pero, padre, piensa que no te dejaremos, que vamos á ser dos á amarte, que conocerás al hombre á quien debes confiarme. Te verás doblemente querido, por él y por mí; por él, que es, como si dijéramos, yo, y por mí, que soy como él mismo.

—¡Oh, Ginebra, Ginebra! ¿Por qué no te casaste—añadió el corso apretando los puños—cuando Napoleón me había acostumbrado á la idea de perderte y te ofrecía duques y condes?

—Me amaban obedeciendo órdenes expresas, y además no quería dejarte y ellos se me habrían llevado.

—No quieres dejarnos solos; pero casarte es lo mismo que aislarnos. Te conozco, hija mía: no nos amarás ya. Elisa—añadió dirigiéndose á su esposa que escuchaba inmóvil y con aire estúpido,—no tenemos ya hija: ¡quiere casarse!

Sentóse el viejo después de haber levantado las manos, como si quisiera invocar á Dios; después permaneció encorvado, rendido á la pesadumbre de su pena. Viendo la agitación angustiosa de su padre y la moderación de su furia, Ginebra sintió que el corazón se le partía. Esperaba la cri-

sis, con espasmos violentos de furor; no había armado su alma contra la dulzura paternal.

—Padre—dijo con voz conmovedora,—no te verás abandonado nunca por tu Ginebra. Pero ámala también un poco. ¡Si supieras cómo me adora él! ¡Ah, él no sabría apesadumbrarme!

—¡Hasta eso, hasta comparaciones!—gritó Piombo con acento terrible.—No, no puedo con esa idea. Si te amara como mereces me mataría su cariño, y si no te amara lo cosería yo á puñaladas.

Las manos de Piombo temblaban, y temblaban sus labios, y temblaba su cuerpo, y de sus ojos salían chispas; sólo Ginebra podía sostener su mirada, pues entonces se incendiaban sus pupilas, y la hija era digna del padre.

—¡Oh, amarte! ¿Qué hombre hay en esta vida que lo merezca? Amarte como un padre ¿no es ya vivir en el paraíso? ¿quién será digno de ser tu esposo?

—El—dijo Ginebra,—él para quien yo me siento indigna.

—¿El?—repitió maquinalmente Piombo.—¿Quién, él?

—El que yo amo.

—Pero ¿puede conocerte aun lo suficiente para adorarte?

—Pero, padre—observó Ginebra empezando á dar muestras de impaciencia,—aunque no me quisiera, desde el momento en que yo le amo...

—¿Conque le amas?—Ginebra inclinó dulcemente la cabeza.—¿Le amas entonces más que á nosotros?

—No pueden compararse los dos sentimientos, que son distintos.

—Uno es más fuerte que el otro.

—Creo que sí.

—No te casarás con él.

La voz del corso era tal, que hizo retumbar los vidrios del salón.

—Me casaré con él—replicó tranquilamente Ginebra.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—murmuró la madre—¿cómo acabará esta disputa? ¡Santa Virginia! interponeos entre ellos.

El barón, que se paseaba á grandes pasos, fué á sentarse; fría severidad anublaba, poniéndolo tétrico, su semblante; contempló fijamente á su hija y le dijo con acento mimoso y débil:

—No, Ginebra, tú no te casarás con él. ¡Oh! no me digas que sí esta noche... déjame creer lo contrario. ¿Quieres ver

á tu padre de rodillas y sus cabellos blancos humillados delante de tí? Voy á suplicarte...

—Ginebra Piombo no está acostumbrada á prometer y á no cumplir su palabra—respondió ella.—Soy tu hija.

—Tiene razón—dijo la baronesa,—nosotras hemos venido al mundo para casarnos.

—¿Es decir que aun la animas en su desobediencia?—observó el barón á su esposa, quien, herida por esta frase, pareció convertirse en estatua.

—No se desobedece al rebelarse contra una orden injusta—interrumpió Ginebra.

—No puede ser injusta cuando emana de los labios de tu padre, hija mía. ¿Con qué derecho me juzgas tú? ¿La repugnancia que me inspira ese enlace no es un consejo de lo alto? Yo te preservo quizás de un infortunio.

—La desventura sería que él no me amase.

—¡Siempre él!

—Sí, siempre. Es mi vida, mi bien, mi pensamiento. Aunque yo os obedeciera, no podría echarlo de mi corazón. ¿Prohibirme que me case con él no es lo mismo que obligarme á aborrecerte?

—Tú no nos amas ya!—balbuceó Piombo.

—¡Oh!—suspiró Ginebra moviendo la cabeza.

—Pues mira; olvídale, sénos fiel; después que nosotros... ¿tú comprendes?

—Padre mío, ¿quieres arrastrarme á desear vuestra muerte?

—¡Viviré yo mucho más tiempo que tú! Los hijos que no honran á sus padres acaban muy pronto—vociferó el viejo en el último grado de la desesperación.

—Motivo más para casarme sin pérdida de tiempo y ser feliz.

Esta sangre fría, este vigor en los razonamientos acabaron de turbar á Piombo; la sangre le subió con arrebató de ola á la cabeza y su rostro se llenó de púrpura. Tembló medrosamente Ginebra, abatióse como un pajarillo sobre las rodillas de su viejo, le rodeó con los brazos el cuello, le acarició los cabellos y sollozó enternecida:

—¡Oh, sí! ¡muera yo antes que todos; no te sobreviviré, padre mío, mi buen padre!

—¡Oh, mi Ginebra! ¡mi loca Ginebrina!—respondió Piombo, sintiendo que toda su cólera se fundía al recibir el hábito

de aquella caricia, como el hielo á influjo de los rayos del sol.

—Ya era tiempo de que acabaseis—saltó la baronesa conmovida.

—¡Pobre madre!

—¡Ah, Ginebretta, mi Ginebra bella!

Y el padre jugaba con su hija como se juega con un niño de seis años, divirtiéndose en deshacer las ondulantes trenzas de sus cabellos, en hacerla saltar; había algo de locura en la expresión de sus caricias. Su hija le riñó, abrazándole, y trató de obtener, entre burlas y veras, la entrada de su Luis en la casa; pero, bromeando también, el padre se negó; enfurruñóse ella, insistió, volvió á ponerse de hocicos; después, al fin de la velada se retiró contenta de haber grabado en el corazón de su padre el amor que por Luis sentía y la idea de un casamiento próximo. No habló al día siguiente de sus amores; fué al taller más tarde y volvió á casa más temprano; mostróse más cariñosa que nunca con su padre y dióle pruebas de gratitud como queriéndole pagar el consentimiento con que tácitamente parecía aplaudir, callando, su voluntad de contraer matrimonio. Por la noche ejecutaba algunas piezas al piano, diciendo con frecuencia: «No vendría mal una voz varonil para completar este nocturno». Era italiana, y con eso queda todo dicho. Al cabo de los ocho días, su madre le hizo un signo de inteligencia, y en cuanto acudió, al oído y en voz baja, hablóle:

—He logrado que tu padre le reciba.

—¡Oh, madre mía, cuán dichosa soy!

Y en efecto, tuvo aquel mismo día la fortuna de entrar en el hotel de su padre dando el brazo á Luis. Era la segunda vez que el pobre oficial abandonaba su guarida. Ginebra solicitó activamente la gracia al duque de Feltre, ministro entonces de la guerra, y el éxito fué completo. El proscrito fué incluido en la escala de los oficiales disponibles, dando con esto un gran paso para las facilidades de su carrera. Advertido por su amiga de cuantas dificultades debía vencer cerca del barón, no se atrevía á confesar su temor de no salir airoso en la empresa dando con el medio de agradarle. Era valeroso contra el infortunio y bravo en el campo de batalla, pero temblaba al entrar en los salones de los Piombo; como le sintiera Ginebra estremecerse, tuvo la emoción de su amante, que provenía de su propia ventura, por nueva prueba amorosa.

—¡Qué pálido estás!—dijole deteniéndose á la puerta del hotel.

—¡Oh, Ginebra, si no se tratase más que de mi vida!

Bartolomeo no se movió del sillón en que acostumbraba á sentarse, por más que su mujer le había anunciado la llegada de los novios. Su frente permaneció severa y sin inmutarse.

—Padre—dijo Ginebra,—te presento á una persona que te será grato conocer; el caballero Luis es un soldado que estubo combatiendo á cuatro pasos del emperador en Monte San Juan...

Levantóse el barón de Piombo, miró con curiosa y furtiva mirada á Luis y le preguntó con sardónico acento:

—¿No está condecorado?

—Ya no llevo la Legión de honor—repuso tímidamente Luis, que continuaba en actitud humilde, de pie.

Molestada Ginebra por la descortesía de su padre, ofreció una silla á su novio. La respuesta del oficial satisfizo al devoto servidor de Napoleón, y notando la señora Piombo que las cejas de su marido recobraban su estado normal, aventuró para reanimar el coloquio:

—Es admirable el parecido del señor con Nina Porta. ¿No te parece que tiene la misma fisonomía que los Porta?

—Nada más sencillo—replicó el joven en quien se fijaron los ojos relucientes de Piombo.—Nina era mi hermana...

—¿Eres tú Luigi Porta?—preguntó el viejo.

—Sí.

Irguióse Bartolomeo di Piombo, tambaleóse, se vió precisado á buscar apoyo en una silla, y contempló á su esposa. Acercósele Elisa, y después los dos viejos, cogidos del brazo, salieron silenciosamente de la estancia, abandonando á su hija como horrorizados. Luigi miró á Ginebra estupefacto, y la infeliz muchacha se volvió tan blanca como una estatua de mármol, deteniendo la mirada en la puerta por donde sus padres habían desaparecido: había en el silencio y en la retirada de aquéllos tanta solemnidad, que por primera vez acaso invadió su alma el miedo. Juntó las manos desesperadamente y dijo, con la voz tan turbada, que era imposible que la oyese otro que un enamorado:

—¡Cuánta desventura se encierra en una palabra!

—¡Oh, explicame, en nombre de nuestro amor, qué he dicho!—inquirió Luigi.

—Mi padre no me había hablado nunca de nuestra deplorable historia, y yo era muy niña cuando abandoné la Córcega, para conocerla.

—¿Estaremos en *vendetta*?—Y Luis temblaba.

—Sí. Por mi madre he sabido que los Porta mataron á mis hermanos, reduciendo á cenizas nuestro hogar. Mi padre asesinó á toda tu familia. ¿Cómo has sobrevivido, cuando él creía haberte atado á los pies de una cama antes de incendiar el edificio?

—No lo sé. A los seis años se me llevó á Génova, dejándome en casa de un anciano llamado Colonna. Ningún pormenor se me facilitó respecto de mi familia. No sabía yo más sino que era huérfano y pobre. Colonna me sirvió de padre, y su nombre llevé hasta que fui al servicio. Como necesitaba documentos para identificar mi personalidad, Colonna me declaró que, débil y casi una criatura aún, tenía que guardarme de mis enemigos. Recomendóme que sólo usara del nombre de Luigi para librarme de su persecución.

—Véte, véte, Luis; aunque no, no; debo yo acompañarte. Nada puedes temer mientras te halles en casa de mi padre; pero en cuanto salgas, anda prevenido: correrás de peligro en peligro. Tiene mi padre dos corsos á su servicio, y si él no intenta amenazar tu existencia, ellos lo harán.

—Ginebra, ¿se levantará ese odio entre nosotros?

Sonrió ella tristemente y humilló los ojos. Luego los levantó majestuosamente y se expresó así:

—¡Oh, Luigi! Es necesario que nuestros sentimientos sean muy sinceros y muy puros para que no me falten ánimos en el camino que voy á seguir. Se trata de la dicha que debe ser duradera por toda nuestra vida, ¿verdad?

Luis sólo contestó sonriendo y estrechándole la mano. Comprendió ella que únicamente el amor verdadero se permitiría desdeñar en momento tan solemne las protestas vulgares. La expresión tranquila y concienzuda de los sentimientos de Luigi anunciaba en cierta manera su ímpetu y su intensidad. Decidióse en aquel punto el destino de los dos esposos. Clara era la lucha cruel que tendrían que sostener; pero la idea de abandonar á Luis, idea que acaso había flotado en su espíritu, se borró completamente. «Suya para siempre». Sacóle resolutamente y con energía brusca del hotel, y no le dejó sino cuando le vió acomodado en la casa donde Servín le alquilaba una habitación modesta. De



regreso, llevaba ya en su ser la serenidad que presta una resolución decidida y animosa: ninguna alteración en sus modales que acusase inquietud. Fijó en sus padres, á quienes encontró á punto de sentarse á la mesa, una mirada desprovista de osadía y llena de dulzura. Notó que su madre había llorado, y el tinte rojo de sus párpados abatidos inmutóla al pronto, pero ocultó su emoción. Piombo parecía amenazado de una pesadumbre sin límites, concentrada en demasía, para que la pudiera manifestar con manifestaciones comunes. Sirvióseles la comida, sin que nadie probase bocado. La repugnancia á comer es uno de los síntomas que anuncian las grandes crisis del alma. Los tres se levantaron sin dirigirse la palabra. Cuando se vió Ginebra entre los viejos en el gran salón sombrío é imponente, quiso hablar Piombo, pero le faltó la voz; quiso andar y no le ayudaron las fuerzas; volvió á sentarse y llamó.

—Pietro—dijo al criado,—enciende fuego, tengo frío.

Tembló Ginebra mirando á su padre con ansiedad. El combate que sostenía en su interior debía ser terrible; su cara estaba demudada. Conocía la extensión del peligro, pero no le asustaba, en tanto que Bartolomeo miraba al soslayo á su hija como si temiese la violencia de su propio carácter. Todo tenía que ser extremo entre ambos. Así es que, cierta del cambio que podía operarse en los sentimientos de padre é hija, descubría en su semblante la baronesa no sé qué temor.

—Ginebra, amas al enemigo de tu familia—saltó al fin Piombo, pero sin atreverse á mirar á su hija.

—Es verdad—respondió.

—Es preciso escoger entre él y nosotros. Nuestra *vendetta* forme parte de nosotros mismos. Quien no abraza mi venganza no pertenece á mi familia.

—Está ya hecha mi elección—replicó Ginebra con voz tranquila.

Esta indiferencia engañó á Bartolomeo.

—¡Querida hija mía!—exclamó el viejo, humedeciéndose los párpados de lágrimas, las primeras y las únicas que derramó en su vida.

—Seré su esposa—dijo bruscamente Ginebra.

Bartolomeo sufrió como un vértigo; pero, recobrando su sangre fría, replicó:

—Ese casamiento no se efectuará mientras yo aliente; no

lo consentiré nunca.—Ginebra guardó silencio.—Pero ¿no piensas—añadió el barón—que Luigi es hijo del que mató á tus hermanos?

—Tenía seis años cuando se cometió el crimen; debe ser inocente.

—¡Un Porta!

—Pero ¿he podido yo alimentar ese odio? ¿Me has educado por ventura en la creencia de que los Porta eran monstruos? ¿Podía sospechar que quedase uno más de los que tú habías matado? ¿No es natural que sacrifiques tu *vendetta* á mis afectos?

—¡Un Porta!—repitió Piombo.—Si su padre te hubiera encontrado entonces en la cama, no vivirías ahora; te habría dado cien veces muerte.

—Puede que sí; pero su hijo me ha dado más que la vida. Ver á Luigi constituye para mí una felicidad sin la cual no podría vivir. Luigi me ha iniciado en el mundo del sentimiento. Habré visto figuras más bellas que la suya, pero ninguna me ha cautivado tanto; habré oído acentos... no, no, nunca tan melódicos como el suyo. Luigi me ama, será mi marido.

—Jamás. Preferiré verte en el ataúd, Ginebra.—Levantóse el viejo y recorrió á grandes pasos el salón, dejando escapar estas palabras, entre pausa y pausa, que probaban el trastorno de su espíritu:—¿Crees poder doblar mi voluntad? Desengáñate; no quiero que un Porta sea mi yerno. Tal es mi sentencia. Que no se trate ya más de eso entre nosotros. Soy Bartolomeo di Piombo, ¿oyes, Ginebra?

—¿Das algún sentido misterioso á estas palabras?—preguntó ella fríamente.

—Significan que tengo un puñal, y que no temo la justicia de los hombres. Los corsos vamos á arreglar nuestras cuentas con Dios.

—Pues bien—dijo la muchacha levantándose;—yo soy Ginebra di Piombo, y declaro que antes de seis meses seré la mujer de Luigi Porta. Eres un tirano, padre mío—añadió después de una pausa espantable.

Bartolomeo cerró los puños y los descargó sobre el mármol de la chimenea. En seguida, murmurando, dijo:

—¡Ah, estamos en París!

Callóse, cruzóse de brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y no pronunció ya una sola palabra durante toda la noche.

Expuesta firmemente su voluntad, la joven dió pruebas de poseer una sangre fría inverosímil; sentóse al piano, cantó y tocó trozos escogidos con tal gracia y tal sentimiento, que bien se descubría la serenidad de su espíritu, triunfando en este punto de su padre cuya frente continuaba ceñuda. Pero el anciano tomó semejantes demostraciones á injuria, siendo así que no hacía más que recoger el fruto de la educación dada á su hija. Es el respeto barrera que ampara y protege tanto á los padres como á los hijos, evitándoles, á unos sabores y amarguras, y á otros remordimientos. Al día siguiente, como de costumbre, trató Ginebra de ir al taller, pero prohibiéronle la salida en la puerta; eso no fué obstáculo para que pudiera dar noticia á Luigi Porta del extremo á que llegaba el rigor paternal. La doncella, que no sabía leer, se encargó de llevar la carta, y la correspondencia entre ambos amantes siguió, gracias á la astucia, siempre édiga en recursos á los veinte años. Era raro que padre é hija se dirigieran la palabra. Estaba en el fondo de su corazón latente el odio, y sufrían, pero con orgullosa indiferencia; reconociendo con cuánto imperio les unía el cariño, trataban de romper todos sus lazos, sin que lo pudieran conseguir. Ningún dulce pensamiento desarrugaba, como en otras ocasiones, el ceño de Bartolomeo cuando dirigía los ojos á su Ginebra, y si miraba ella á su padre tenía no sé qué expresión feroz su cara y en la frente inocente leíase el reproche mudo, continuo; asaltábanle á menudo risueñas imaginaciones, pero también le turbaba de cuando en cuando con su soplo el remordimiento. Vefase claro que no gozaría tranquilamente de la ventura soñada y que era á la vez origen de infelicidad para sus padres. Venciera de todo desafectó la bondad privativa en las almas de Piombo y de su hija si no se estrellaran sus inclinaciones ante la soberbia y el rencor que distingue á los corsos. Cobraban alientos de su propia rabia, cerrando los ojos al porvenir, y creyendo quizás que era el único medio para que uno humillase al otro.

Trató la madre, á quien exasperaba esta desunión que se iba agravando, de reconciliarlos el día del cumpleaños de Ginebra, haciendo por sacar partido de los recuerdos que despierta un aniversario de esta índole; hallábanse los tres en el gabinete de Bartolomeo; Ginebra descubrió el propósito de la que le había dado el ser, leyó en su frente la vacilación que alteraba su espíritu, y sonrió con triste sonrisa.

En esto estaban cuando anunció un criado á dos notarios; entraron acompañados de varios testigos, y Bartolomeo miró con fijeza á todos aquellos hombres, cuyas figuras graves y frías mortificaban á espíritus tan apasionados como lo eran los tres actores principales de esta escena. Volvióse inquieto el anciano á su hija y la sonrisa de triunfo que vagaba en sus labios hizole presagiar la catástrofe; pero procuró, á la manera de los salvajes, simular cierta inmovilidad dulce, mirando á los notarios curiosamente, en actitud calmosa. Con el gesto les invitó á sentarse.

—¿Este caballero es, sin duda, el barón de Piombo?— preguntó el más viejo.

Bartolomeo se inclinó. El notario correspondió con un ligero movimiento de cabeza y miró á Ginebra con la cazurra malicia de un agente comercial que sorprende á un deudor; sacó su petaca, desfundóla, púsose á aspirar lentamente un polvillo, buscando las primeras frases de su discurso, y las pronunció al fin haciendo muchas pausas (recurso oratorio de que este guión—dará idea, aunque imperfecta, en lo que sigue).

—Caballero (dijo), soy el señor Roguín, notario de su hija, y venimos—mi colega y yo—para cumplir lo que dispone la ley y—acabar con las diferencias que—según parece—han surgido—entre usted y la señorita—á propósito—de—su—casamiento con el señor Luigi Porta.

Pedantesca fué la perorata, pero pareció, probablemente, demasiado bella á Roguín para que sus oyentes la tragasen de golpe, y se detuvo mirando á Bartolomeo con cierta expresión particular á los agentes de negocios, los cuales aciertan en sus tratos con el término medio posible entre la familiaridad y el servilismo. Acostumbrados á fingir celo é interés para los asuntos de las personas con quienes hablan, concluyen siempre los notarios por llevar en el rostro una mueca que cambian tan fácilmente como se ponen y quitan la toga. Tal máscara de benevolencia, cuyo mecanismo es fácil descubrir, irritó de tal modo á Bartolomeo, que hubo de moderarse mucho para no echar por la ventana á Roguín; contrajo la ira sus facciones, y observado el cambio de fisonomía por el notario, se dijo interiormente: «Empiezo á producir efecto».

—Pero es el caso (añadió con acento meloso), es el caso, señor barón, que nuestro ministerio empieza siempre en estas ocasiones por ser conciliador.—Tenga la bondad, pues,

de escucharme.—Es evidente que la señorita Ginebra Piombo—entra hoy mismo—en la edad necesaria para que pueda, recurriendo á un acto legal, contraer sin más preámbulos matrimonio—y prescindir del consentimiento de sus padres. Eso supuesto,—acostumbran las familias—que gozan de algún prestigio—que figuran en sociedad que conservan su rango—y á quienes importa, en fin, que no trasciendan al público sus rencillas—y que no quieren perjudicarse á sí mismas amargando con su reprobación la dicha de los recién casados —(porque es perjudicarse á sí mismos eso)—es costumbre, digo—entre esas familias respetables—no dar pie á estos formalismos de la ley—que quedan, que—son monumentos de una división—que acaba por desaparecer. Desde el punto, caballero, en que una joven recurre á estos medios anuncia que su voluntad es demasiado decidida para que un padre y—una madre (añadió volviéndose hacia la baronesa) puedan esperar que atienda sus consejos.—Siendo la resistencia paternal nula—por este hecho—desde luego,—pues está apoyado por la ley, es corriente que todo hombre cauto, después de amonestar por última vez á su hija, la deje libre para...

Se detuvo el señor Roguín, notando que podía seguir hablando horas enteras, sin obtener respuesta alguna, y quedó conmovido fijándose en el hombre á quien trataba de convencer; habíase operado un cambio horroroso en el semblante de Bartolomeo; tan encogidas estaban las arrugas, que le daban un aire de ferocidad difícil de describir, y podía compararse su mirada á la del tigre. La baronesa permanecía impassible, muda. Ginebra, resuelta, tranquila, esperaba el final, persuadida de que era la voz del notario más poderosa que la suya, por lo que había decidido guardar silencio. Cuando se calló Roguín, la escena fué tan imponente, que todos los testigos temblaron; jamás antes de entonces se vieron anonadados por tan sombría quietud. Los notarios cruzaron una mirada de inteligencia y se retiraron hacia la ventana para deliberar.

—¿Has encontrado algún cliente que se parezca á estos personajes?—preguntó Roguín.

—Nada se puede sacar en limpio—respondió el más joven.—Yo que tú me limitarías á leer el acta. No me parece muy divertido el viejo; está colérico y nada ganarás queriendo discutir con él...

Roguín leyó el documento extendido en papel sellado con anticipación, y dijo friamente á Bartolomeo que diese respuesta.

—¿Luego hay en Francia leyes que destruyen el poder paternal?—preguntó el corso.

—Señor...—insinuó Roguín con zalamería.

—¿Que arrancan á una hija de los brazos de su padre?

—Señor...

—¿Que privan á un viejo de su último consuelo?

—Señor, su hija de usted no le pertenece, sino...

—¿Que le matan?

—¡Señor, permítame...!

Nada hay más horrible que la sangre fría y los razonamientos secos de un notario en las escenas pasionales donde suelen figurar. Parecíale á Piombo que todas aquellas caras acababan de salir del infierno; su ira reconcentrada se desbordó cuando la voz calmosa y casi aflautada de su menguado antagonista hubo de pronunciar aquel *¡permítame!* Cayó sobre un largo puñal que pendía de un clavo encima de la chimenea, y se abalanzó, empuñando el arma, sobre su hija. Interpusieronse el notario joven y uno de los testigos, pero Bartolomeo los rechazó brutalmente, la cara encendida y los ojos reluciendo con más terrible fulgor que la hoja del cuchillo. Ginebra miró á su padre fijamente, y era gesto de triunfo el suyo, adelantóse con pausa hacia él y se postró de hinojos.

—¡No, no! no sabría—vociferó Piombo, arrojando con tanta furia el puñal, que fué á clavarse en el pavimento.

—Sea usted compasivo—rezó la niña.—Vacila usted en matarme y se opone á que viva. ¡Padre mío, nunca le he amado tanto! Entregueme usted mi Luigi. Pido de rodillas el consentimiento: la hija puede humillarse al padre: mi Luigi, ó moriré.

La emoción la sofocaba y le impidió continuar; quedaba sin voz y sin aliento y sus ademanes convulsivos revelaban á las claras que era aquella crisis de muerte ó vida para ella. Bartolomeo la rechazó con dureza.

—Cállate—dijo.—La Luigi Porta no sabrá ser una Piombo. Ya no tengo hija. Me faltan fuerzas para maldecirte, pero te abandono; tu padre ha concluido para ti.—Y añadió con voz grave, apretándose fuertemente el corazón:—Aquí está enterrada mi Ginebra Piombo. Sal y no te presentes nunca á mi vista.

Después cogió, sin decir palabra, del brazo á Ginebra y la plantó fuera de la casa.

—Luigi—entró diciendo la expulsada en el modesto albergue del oficial,—mi Luigi, no tenemos más fortuna que la de nuestro amor.

—Pues somos más ricos que todos los reyes de la tierra—respondió el mancebo.

—Mis padres me han abandonado—añadió Ginebra con acento de profunda melancolía.

—Yo te amaré por ellos y por mí.

—¿Vamos á ser muy felices, pues?—añadió ella con cierta alegría que encerraba algo de espantoso.

—Para siempre.—Y la estrechó contra su corazón.

Al día siguiente de haber salido del hogar paterno, fué á suplicar á la señora Servín que le concediese asilo y protección hasta la época fijada por la ley para su casamiento con Luigi Porta. Entonces comenzó para ella el aprendizaje doloroso con que la sociedad condena á los que se rebelan contra sus convencionalismos. Muy enojada por el daño que la aventura de Ginebra ocasionara á su marido, la señora Servín recibió friamente á la fugitiva, y le advirtió con palabras corteses y circunspectas que no debía contar con su apoyo. Admiróse de aquel egoísmo que no comprendía su corazón, pero el orgullo no le permitió insistir, y fué á albergarse en un cuarto amueblado, lo más cerca posible de su Luigi. El hijo de los Porta iba á verla todos los días; su ardiente cariño y la pureza de sus palabras consiguieron disipar las nubes que el rigor paternal amontonó sobre la cabeza de la hija rechazada, y supo pintarle lo porvenir tan bello, que ya por último sonreía su boca.

Una mañana entró la criada del hotel con varias cajas que contenían telas, ropa blanca y una porción de objetos precisos para toda joven que prepara su ajuar. Reconoció en tal envió la previsorá bondad de una madre, pues entre todos los regalos venía una bolsa donde la baronesa encerró el dinero que pertenecía á su hija, unido al fruto de sus economías. Acompañaba una carta en que le conjuraba á abandonar su funesto propósito, si era tiempo de ello aún. Añadía que sólo á vueltas de precauciones extraordinarias pudo enviarle aquellos pobres socorros, y le suplicaba que no la acusase de dureza, si en lo sucesivo la abandonaba á su suerte; temía no poder seguir favoreciéndola, y la bende-

cía, deseando que fuese muy dichosa en el matrimonio, si persistía en consumir aquel enlace fatal. Asegurábale que no pensaba más que en su hija querida. En este pasaje hablan borrado las lágrimas algunas palabras del escrito.

«¡Madre mía!» murmuró Ginebra tiernamente. Sintió un violento deseo de arrojarle á sus pies, de verla, de aspirar la atmósfera suave de la casa paterna; y estaba á punto de decidirse, cuando se presentó Luigi. Al verle, su enternecimiento filial desvaneciése de modo, que secas ya sus lágrimas, no tuvo ánimo para abandonar á aquel pobre muchacho tan desgraciado, tan amante y tan rendido. Ser la única esperanza de una noble criatura, amarla y abandonarla... ese sacrificio no lo hacen las almas tiernas en la juventud. Ginebra, arrastrada por su generosidad, sepultó su dolor en lo más profundo de su pecho.

Por fin llegó el día del matrimonio. Ginebra se encontró un momento sola, porque Luigi, aprovechando que hubiese ido á vestirse, corrió en busca de los testigos que debían firmar el acta correspondiente. Eran los tales buenos sujetos. Uno, albéitar en otro tiempo del cuartel de húsares, había contraído con Luis, perteneciendo ambos al ejército, esas obligaciones que no se borran jamás en el corazón de los hombres honrados; ahora se hallaba al frente de una cochería y contaba con algunos carruajes. El otro, contratista de obras, era el propietario de la casa donde vivirían marido y mujer. Cada uno de ellos buscó á un amigo, y los cuatro se trasladaron á casa de la novia. Poco duchos en eso de las conveniencias sociales, pareciéndoles sin importancia el favor que hacían á Luigi, se habían vestido todos con sus ropas limpias, pero sin etiqueta. Nadie hubiera sospechado, viéndoles, que pasaba la alegre comitiva de una boda. El tocado de Ginebra era también sencillo, humilde, en consonancia con su posición: es verdad que en su belleza había un sello noble é imponente, y resaltaba ahora tanto, que la palabra expiró en la boca de los testigos cuando éstos la quisieron complimentar; saludáronla con respeto, y ella se inclinó; después la contemplaron silenciosamente sin atreverse á hacer otra cosa que admirarla. Reinó, pues, cierta reserva fría entre todos; pues no puede ser trato jovial el de las personas que no viven en la misma esfera. Así, la casualidad quiso que fuese sombría y grave la ceremonia, sin que ningún destello de felicidad brillara á su alrededor. La iglesia y la alcaldía

no estaban lejos, y los dos corsos, con los cuatro testigos que exige la ley, fueron á pie, con tanta modestia, que no revisió aparato alguno la grandiosa escena de la vida social. En el patio de las casas consistoriales vieron numerosos carruajes que daban fe de que otros habían ido con brillante acompañamiento, y arriba á muchos casados, que señalaban aquel día con piedra blanca y que aguardaban con sobrada impaciencia al alcalde del distrito. Ginebra tomó asiento junto á Luis en el extremo de un gran banco, y sus testigos quedaron de pie. Dos desposadas, lujosamente vestidas de blanco, llenas de cintas, de encajes, de perlas y con la imprescindible corona de flores de azahar, cuyos capullos de raso temblaban bajo el velo, veíanse en torno de sus familias, risueñas, y al lado de sus madres á quienes contemplaban con aire de satisfacción y á la vez tímido; en todas las pupilas irradiaba la ventura, y el aspecto de los semblantes era tal, que bien se leían en ellos las más dulces bendiciones. Los padres y los testigos y los hermanos y las hermanas pululaban como un enjambre que juega en un rayo de sol que está á punto de desaparecer. No había quien no apreciara el valor de aquel momento fugitivo de la vida en que el corazón fluctúa entre dos esperanzas: los recuerdos del pasado, las promesas de lo porvenir. Aquel cuadro oprimió el pecho á Ginebra, obligándole á estrechar el brazo de Luigi, que la animó con su mirada. Una lágrima brilló en los párpados del corso: jamás comprendió como entonces todo lo que su Ginebra le sacrificaba; pero también aquella lágrima preciosa hizo olvidar á la joven el abandono en que se veía. El amor derramó tesoros de luz entre los dos amantes, que ya no se vieron más que á sí mismos en medio del tumulto: estaban allí solos, entre la multitud, como debían estarlo en la vida. Sus testigos, indiferentes á la ceremonia, hablaban con toda tranquilidad de sus asuntos.

—La avena es muy cara—decía el albéitar al albañil.

Y éste repuso:

—A proporción, no tanto como el yeso.

Dieron una vuelta por la sala.

—¡Cuánto tiempo se pierde aquí!—añadió el contratista volviendo á meterse en el bolsillo un grueso reloj de plata.

Juntos, apretados uno contra otro, Luigi y Ginebra parecían no ser más que una misma persona. De cierto, cualquier poeta habría tenido que admirar aquellas dos cabezas

unidas por el mismo sentimiento, igualmente coloreadas, melancólicas y mudas, en presencia de los dos cortejos nupciales que murmulleaban, delante de las cuatro familias fastuosas, con sus diamantes y sus flores, y cuya alegría tenía no sé qué de efímero y fugaz. Cuanto estos dos grupos brillantes y espléndidos mostraban su goce exterior, Luigi y Ginebra lo encerraban en lo más íntimo de su ser. En un lado el rudo alboroto del placer; en el otro el delicado silencio de las almas alegres: la tierra y el cielo. Supersticiosa como buena italiana, le pareció ver no sé qué presagio en tal contraste, y sintió en su corazón una sensación de espanto tan invencible como su enamoramiento. De pronto abrió una puerta de dos hojas el empleado del registro, que ostentaba librea municipal, se restableció el silencio, y su voz resonó como un aullido, llamando al señor Luigi da Porta y á la señorita Ginebra di Piombo. Esta escena turbó un poco á los novios. La celebridad del nombre de Piombo atrajo la atención de los espectadores, quienes examinaron á una novia que debía presentarse suntuosamente. Levantóse Ginebra, y sus miradas, encendidas con los fulgores del orgullo, impusieron á todos los presentes; dió el brazo á Luigi y se adelantó con paso firme, seguida de sus testigos. Un murmullo de admiración, que fué agrandándose, un cuchicheo general, recordaron á Ginebra que la sociedad le pedía cuentas por la ausencia de sus padres: la maldición paterna parecía seguirle.

—Espere usted á las familias—dijo el alcalde al empleado que leía con toda rapidez las actas.

—El padre y la madre protestan—repuso con flemma el secretario.

—¿Por parte de ambos contrayentes?

—El esposo es huérfano.

—¿Dónde estan los testigos?

—Aquí—y el secretario indicó á los cuatro hombres inmóviles y mudos, quienes, cruzados de brazos, parecían estatuas.

—¿Pero habiendo protesta...?

—Las actas están legalmente extendidas—replicó, levantándose, el del registro para entregar al funcionario público los documentos anejos al acta del matrimonio.

Tuvo este coloquio burocrático algo de molesto; en pocas palabras contenía toda una historia. El odio de los Por-